

ra la infancia y para la edad madura, y otras mil instituciones benéficas.

Ahora conoceréis, hermanos míos, cuanto nos importa considerar de vez en cuando los designios de la Providencia con respecto á la desigual distribución de las riquezas. Así es como debemos aprender á conocer nuestros derechos y deberes respectivos. Si yo, hermanos míos, con mis palabras hubiese tenido la dicha de enseñároslos y hacéroslos amar; si con mi discurso hubiese logrado inspirar al pobre sentimientos de honor y dignidad capaces de elevarlo sobre las riquezas, y de hacer desaparecer de su frente la vergüenza de la pobreza; si le hubiese enseñado á ser humilde sin arrastrarse á los piés de los ricos, y á soportar con paciencia y resignación las penalidades de su estado; si le hubiese dado á conocer la necesidad de ser laborioso, fiel, justo, agradecido y virtuoso; si hubiese logrado al propio tiempo enseñar á los ricos el buen uso de las riquezas, y hacerles ver que éstas son un instrumento puesto en sus manos para vivificar la sociedad; si hubiese conseguido demostrarles la obligación que tienen de recompensar con su liberalidad los servicios del pobre, y corresponder á sus respetos con manifestaciones de interés y afecto; en una palabra, hermanos míos, si hubiese sido bastante dichoso para dulcificar la suerte de un solo infortunado, inspirar sentimientos de compasión á un solo rico, y asegurar la felicidad del Estado, asegurando la de los miembros que lo componen; este día formaría época entre los de mi vida, mi existencia no hubiera sido inútil, y mi ministerio obtendría nuevas bendiciones en la tierra y en el cielo. Amen.

DIVISIONES.

CONDICION.—Si nuestra condicion es próspera, nos hace presuntuosos.

Si es miserable, nos conduce á la desesperación.

Si es mediana, nos mueve á envidia.

CONDICION.—Por distinta que sea la condicion de los hombres, no debe ser obstáculo para amarse.

Por elevada que sea la dignidad de los hombres, estos deben ser prácticamente humildes.

Por humilde que sea la condicion de los hombres, no debe ser un obstáculo para el perfeccionamiento.

CONDICION.—No hay inconstancia más perniciosa que la de los hombres que cambian continuamente de condicion.

No hay impaciencia ménos justificable que la de los hombres constituidos en humilde condicion, que se quejan de su estado.

No hay vanidad más importuna que la de los grandes que se hacen esclavos de su condicion ó estado.

CONFERENCIAS

DE SAN VICENTE DE PAUL.

I.

Beatus qui intelligit super egenum et pauperem.

Bienaventurado aquel que piensa en el necesitado y en el pobre.

(*Psalm. xli, 2.*)

¡Alabado sea Dios! amados hermanos míos: la dicha que antes solo conocían los judíos, ya no la ignora ningun pueblo, merced á la influencia del Evangelio. El sentimiento de la piedad real por el pobre, ha penetrado tan profunda y universalmente hasta las entrañas del género humano, que sentirla y satisfacerla es, hoy, para toda sociedad cristiana, un gran deber; un deber imperioso hasta el punto de tener su consagración en la ley política, cuando á causa de la invasión del egoísmo ya no la tiene en la conciencia individual. Gracias á Dios, hermanos míos: pues, si hay naciones en que la ley ha tenido que denigrar la insensibilidad individual, la nuestra no ha dado motivos para ello; y asombra que, en medio de las revoluciones que hemos sufrido, se haya conservado viva la necesidad que siempre había-

mos experimentado de socorrer al menesteroso, y vivo el genio que sin cesar hemos mostrado para aliviar la miseria. Puesto que se presenta la ocasion, consignemos en este discurso la fecundidad y rectitud de genio con que un pueblo caritativo escogita los medios más oportunos y más socialmente útiles, cuando se trata de auxiliar al desvalido. Imploremos antes los auxilios de la gracia. A. M.

1. La *Obra de las Conferencias de S. Vicente de Paul* se instituyó en Paris, en 1833; y nació de un concurso de circunstancias tan particulares, que es bien recordarlas á los que las saben, y comunicarlas á los que las ignoran. Algunos jóvenes pertenecientes por su cuna á varios puntos de Francia, pero unidos por la similitud de las carreras que se proponian seguir, y aún más por aquella estrecha simpatía que nace de la identidad de las convicciones religiosas; habian tomado la resolucion de reunirse en ciertos dias y á ciertas horas. En sus reuniones agitaban todas las cuestiones que pueden ofrecerse á un espíritu grave. Si se hubiesen circunscrito á esto, era honroso para aquellos jóvenes haber preferido á la vida de los placeres materiales la de trabajos y de soledad. Pero hicieron más, como hombres de conviccion y de idea; pues todo hombre que tiene una idea y una conviccion es, necesariamente, un hombre activo. Nuestros jóvenes obedecian, por lo tanto á esta ley inevitable; y sintieron la imperiosa necesidad de su apostolado. Así que, cuando, cierto dia, uno de ellos, levantándose de en medio de sus hermanos, les hubo manifestado el gran designio que abrigaba, de pasar de la teoría á la práctica, y procurar la mejora social de otra manera que con palabras; todas aquellas manos, movidas como por una corriente eléctrica, se juntaron en un mudo y solemne asenso; y al estremecimiento que todos esperimentaron, comprendieron que podrian morir en la obra, pero que ninguno cejaria.

Y ahora no os desmaye su corto número, ni su edad, ni su completa falta de influencia. Son *pocos*, en verdad; pero pensad que se centuplican por la energía del corazon y el heroismo de la intencion; pensad que las empresas más laudables suelen contar al principio con muy pocos cooperadores, porque, triste es decirlo, la abnegacion no es la virtud ordinaria de los hombres. Son *jóvenes* y sin influjo personal, tambien es verdad; pero el Cristianismo, de que se han hecho humildes obreros, los protege con su gloria y su poder, y los dirige con su madura prudencia, con su divina sabiduría. En semejantes condiciones, léjos de ser un defecto, la juventud es una ventaja.

¿Qué medios emplearán? Cuando uno es cristiano, hermanos

mios, y quiere obrar como tal, los medios de accion son fáciles de encontrar. Para procurárselos no necesita mucho tiempo, ni mucha diplomacia, ni muchas vanas meditaciones. Hace como S. Pedro y S. Pablo, como S. Francisco de Asís y Sto. Domingo, como S. Vicente de Paul, sublimes regeneradores de sociedades enfermas, ó moribundas: dirige á Dios un clamor poderoso del alma, y al punto tiene consigo un jefe y un auxiliar; presta atento oido al sonido que, de toda eternidad, produce la verdad católica, y tiene una doctrina; extiende la mano hácia el tabernáculo, y se encuentra armado de aquella espada de dos filos, cuyo poder y caridad nos revelaron Jesucristo y el Apóstol. Con estos tres móviles: *Dios, una doctrina verdadera, y la caridad*, no hay que desesperar nunca de la sociedad; por enferma que esté, el buen éxito es seguro. De ahí, pues, sacaron sus recursos nuestros jóvenes héroes. Rogaron, estudiaron la ciencia preeminente de la doctrina católica, amaron; y entónces, preparados para la gran lucha que se proponian empeñar, no les faltaba ya más que saber, antes de lanzarse al campo, la lepra social á que habian de consagrar sus cuidados.

Desgraciadamente, entre todas las cuestiones, la de las miserias por aliviar era la más fácil de resolver, pues en 1833, con solo tender los ojos por el mundo, se veia en seguida una llaga repugnante ó que brotaba sangre. En aquel tiempo habia muchas miserias. Por una parte, nuestros jóvenes tenian á la vista millares de niños, que la epidemia de 1832 habia dejado huérfanos; y por otra, las innumerables familias de trabajadores, que la paralización de los negocios sumergia en una completa indigencia. Luego, al lado de esos infortunios, habia las enfermedades morales que pululan siempre en los grandes centros de poblacion, y que entónces, á causa de una situacion mal afianzada, tomaban grande incremento. Ahora bien: ante las extremadas necesidades de su tiempo, nuestros jóvenes no vacilaron un momento; y á ejemplo de un Santo, á quien tomaban por protector y modelo, se hicieron, á la vez, padres de los huérfanos, mantenedores del pobre, apóstoles de la verdad y de la virtud; y cargaron con ese peso inmenso, porque, confiando en Dios y en su país, estaban seguros de que no pasaria mucho tiempo sin que adquiriese numerosos y poderosos asociados. No se engañaron; pues de ocho que eran al principio, ya en el primer año hubieron de dividirse para ensanchar su esfera de accion; en el segundo, salieron de Paris; y á los seis años de la inauguracion, es decir, en 1839, la *Obra de las Conferencias* quedó establecida en más de cien ciudades de Francia. En 1842 se estableció en la Ciudad eterna. En 1844 tomó posesion de

Cerdeña é Inglaterra, saludada con iguales vítores en Turin y Londres. En 1845 fueron aún mayores sus progresos, pues si de Londres se extiende á Liverpool y á Manchester, tambien traspone los montes de Escocia, y va á consolar en sus inefables dolores á la heroica Irlanda; y al mismo tiempo que se entroniza en Bruselas, no cansándose en la travesía de los mares, se apodera de Méjico. Finalmente, la *Obra de las Conferencias*, al paso que se propagaba y consolidaba en Francia, fijó su tienda en los dos puntos extremos de la civilizacion: en Constantinopla, residencia del despotismo, y en los Estados Unidos, tierra clásica de la libertad; de suerte, que se halla constituida casi en todas las partes donde ha penetrado el Cristianismo.

Con respecto á los frutos de esta institucion, harto sabeis cuáles han sido para que sea necesario aquí citarlos. ¿Propáganse nunca las obras muertas con tanta celeridad y extension? No; semejante éxito se debe á lo que lleva en sí la fecundidad de la vida. Dó quiera que se han arraigado, las *Conferencias* han hallado un certificado digno de ellas, no solo en la benévola solicitud con que las han recibido los hombres que se interesan sinceramente por la humanidad, sino en los plácemes que á la *Obra* han dirigido á competencia los poderes más altos del Estado y de la Iglesia. Gregorio XVI la saludó con amor á su advenimiento, y Pio IX la proclamó grande, hermosa, y digna de la Francia, que la dió el sér.

2. Es evidente, hermanos míos, que los resultados de que acabo de hablaros, exceden muy mucho de los resultados ordinarios, para que únicamente los explique el empleo de los recursos de costumbre. Así es, que cuanto más reflexioneis, más pronto echareis de ver un concurso particular de la Providencia. Con todo, reconociendo que si es verdad, que las *Conferencias* han sacado y no cesarán de sacar su fuerza extraordinaria de un auxilio manifestamente sobrenatural, tambien es verdad, que en su misma constitucion llevan los elementos indispensables para dar vida á la institucion social más rica en resultados. En efecto; ¿qué se ha pedido siempre á una institucion social para que fuese declarada útil y duradera? Cuatro cosas: 1.º una doctrina social verdadera y fecunda; 2.º un fin social bien fijo y excelente; 3.º medios correspondientes al objeto fijo; 4.º la oportunidad. Desde el momento en que una institucion reúne estas cuatro condiciones, tiene ancho campo en que obrar; en todas partes resuena una aclamacion que registra y pregona sus triunfos, y contribuye á su desenvolvimiento. No temo, pues, manifestar, que ninguna institucion ha reunido nunca en más alto grado que la *Obra de las Conferencias*,

las cuatro condiciones que acabo de enunciar como necesarias á una institucion social.

Segun lo que he dicho há poco, no hay que poner en tela de juicio su *oportunidad*, porque el asenso general de tantos pueblos diversos á admitirla, á entronizarla, prueba muy claro que la *Obra de las Conferencias* vino á tiempo; así como los resultados que he mencionado prueban, tambien que es útil, por no decir más. Para explicaros, pues, su influjo en el presente y en el porvenir, solo nos falta hablar de su *doctrina*, de su *objeto*, y de sus *medios*. Tratemos esta triple cuestion en pocas palabras.

Respecto de la doctrina, ya sabeis todos, que la *Obra de las Conferencias de S. Vicente de Paul* es eminente y esencialmente católica. Es católica por su fe, puesto que no admite ninguna enseñanza que no emane directamente de Jesucristo y su Iglesia; y tanta es su escrupulosidad en este punto, que no publica nada, ni siquiera la menor circular, sin prévio exámen de la autoridad episcopal; es católica en sus prácticas, porque lo que encomienda especialmente á sus hijos, es la puntual observancia de las leyes impuestas por la Iglesia católica; lo es, en fin, en sus miembros, que deben ser todos de una ortodoxia perfecta. Siendo pues así, é identificándose la doctrina de las *Conferencias* con la doctrina católica, la *Obra* tiene, como esta última, la verdad, la fecundidad social. Por lo tanto, ¿no tendreis por eminentemente social una doctrina, que á la autoridad de los hechos presentes reúne la autoridad de los hechos pasados, y dá la mano en la historia, no solamente á S. Vicente de Paul, su inspirador, sino á los Hermanos de la Merced, que con los fondos de la caridad rescataban á vuestros padres cautivos de los berberiscos, y á los Hospitalarios, que vendaban sus heridas, les cuidaban en sus enfermedades; y á los Benedictinos, que desmontaban vuestros campos, secaban vuestros pantanos, plantaban vuestros bosques, y á cualquiera, en fin, que en el decurso de los siglos ha sentido palpar en su pecho un corazón verdaderamente misericordioso? Esta *Obra* tiene, pues, el primer elemento social: la doctrina.

No se distingue ménos por el segundo elemento: un objeto social fijo y excelente. Con efecto; ¿qué quiere la *Obra de S. Vicente*? Abro el Manual de las *Conferencias*, y aquí me contentaré casi con leer, tan evidente es la perfeccion. Conforme con las palabras de Jesucristo, de los Apóstoles y de la Iglesia: «Amaos los unos á los otros;» el objeto que se propone la *Conferencia* es el alivio de los desvalidos en todos los padecimientos que pueden agoviarles. Los padecimientos *morales*, primero, por ser más graves, impresionan más y engen-

dran consecuencias mucho más funestas; luego, los padecimientos físicos. «Así, pues, comprenda cada individuo la inmensa parte de gloria que le cabe en este mundo, sea atento á recoger todo grito de dolor, y corra inmediatamente allí de donde haya salido el grito; siéntese al lado del enfermo, baje á la celda del preso, dé al pobre lo que le falta: la fe, la instruccion, y el alimento; cuide del huérfano, y no se olvide, si se presenta la ocasion, de prodigar sus cuidados al soldado, que, á su modo, es tambien otro huérfano.» ¿Es posible, hermanos míos, exponer con mayor brevedad y sencillez un objeto más esencialmente útil?

Finalmente, vamos á hablaros tambien de los medios de que se vale la *Obra*, para realizar sus concepciones tan sociales.

El primer medio, de origen enteramente católico, que no es verdaderamente poderoso sino cuando se emplea por y para el Catolicismo, es la *asociacion*, cuya excelencia no necesito ponderaros, tan demostrada y conocida ha sido, especialmente en estos últimos años. Pero no es una asociacion como otras muchas, que se forman cada dia: es una cosa muy distinta, es, literalmente, la mancomunidad de cuanto el hombre puede dar de sí; una fusion tan íntima de almas y fuerzas, que todos esos miembros esparcidos sobre la faz del mundo no piensan, no desean, no elaboran más que una sola cosa: el alivio de los desvalidos, tal cual lo conciben, desean y quieren las *Conferencias*.

El segundo medio es la oracion, que, hecha en santas disposiciones, comunica á la debilidad humana un poder divino, y en todas circunstancias presta fortaleza y abnegacion.

El tercer medio es una enseñanza divina, que nos dá todo aquello que necesitamos, todo lo que requiere una curiosidad legítima; y nos lo dá con una certeza invencible, no ménos que con una conveniencia maravillosa.

El cuarto medio es el ejemplo, ese maestro soberano que se impone á todo hombre.

El quinto es la limosna, siempre ajustada en conciencia á las necesidades que la reclaman.

El último medio, en fin, es el que la *Conferencia* llama patronato del obrero, y la visita al pobre hecha á domicilio. ¡Medio admirable y eminentemente social! bien lo comprendéis, hermanos míos; porque ¿cuál es el más conducente á poner al rico y al pobre en relaciones más pacíficas y mejores? ¿Es posible que los hombres, puestos con tanta frecuencia unos en frente de otros, no lleguen pronto á conocerse, á estimarse y por consiguiente amarse? Por más

arraigadas que estén las preocupaciones en esas almas, ¿podrán subsistir? ¿Podrá el rico despreciar al pobre cuya mano ha tocado, y en cuya alma ha leído? ¿Podrá el pobre tambien envidiar bajamente una opulencia cuya caridad le favorece, una opulencia cuyas inquietudes y sordos dolores sabe? Si, repitámoslo en alta voz, pues es hora de pregonarlo por dó quiera: este medio es grande, es eminentemente social.

Prestad á la *Obra de las Conferencias* vuestra más activa cooperacion; inscribid vuestros nombres en esa milicia esencialmente pacífica; ayudadla con vuestra riqueza, con vuestro influjo y concurso. Id, hermanos míos, id al pobre y al obrero: decidle cuanto os inspire la caridad, y estad ciertos de que vuestras palabras producirán efecto: un efecto inmenso para su felicidad en la tierra y en el cielo.

CONFERENCIAS

DE SAN VICENTE DE PAUL.

II.

Videte vocationem vestram.

Mirad vuestra vocacion.

(*Cor. 1, 26.*)

Cuando el apóstol S. Pablo encargaba á los fieles de su tiempo que atendiesen á la vocacion, hablaba de la vocacion á la fe, de la creencia en nuestro Señor Jesucristo, y de todos los deberes que esta creencia impone. El grande Apóstol llamaba tambien la atencion de los fieles sobre la manera con que Dios se servia de ellos para cambiar el mundo por medio del establecimiento de la Iglesia. No es de esta vocacion de la que yo trato de hablaros; no quiero, ni debo

ahora confrontar vuestra vida cristiana con las leyes del santo Evangelio. Con frecuencia se os predicán estas leyes, y á menudo vuestra conciencia es llamada á pronunciar sobre la grave cuestion de saber si las observa, ó si las infringe.

De vuestra vocacion y de vuestros deberes como miembros de las Conferencias de S. Vicente de Paul es de lo que me voy á ocupar durante el recogimiento de vuestros espíritus. Es una vocacion particular en medio de la vocacion general: como tal tiene sus obligaciones peculiares. Para meditarlas, para renovaros en su amor, en el ardor de practicarlas, os reunís anualmente por esta época, durante muchos dias de retiro, y en comun, al pié de los altares, ante el tabernáculo en que reside el Dios que se ha llamado á sí mismo Caridad: *Deus charitas est.* I. JOAN. IV, 8. Así que, os hablaré de vuestros diferentes deberes para con Dios, con la Iglesia, con los pobres, y para con vosotros mismos, como miembros de la Obra de las Conferencias de S. Vicente de Paul. Tal será el objeto del ministerio de que he tenido la dicha de haberme encargado, mis queridos hermanos, y que, segun espero, con la gracia de Dios, aprovechará á todas vuestras almas tan bien dispuestas á escucharme con fe y con piedad. Imploremos antes los auxilios de la gracia. A. M.

1. Lo primero que naturalmente me ocupa, es tratar de vuestra obra. El ser miembro de ella es una vocacion, porque vuestra obra visiblemente es de Dios, como lo demuestran las contradicciones de que, en su origen, fué objeto; su pronta propagacion por el mundo; su oportunidad atendidas las necesidades de la época; y, finalmente, la aprobacion que ha recibido de la soberana autoridad espiritual. *Videte vocationem vestram:* mirad vuestra vocacion, considerad vuestra obra, primeramente en su origen.

No ignoráis que las obras de Dios nacen débiles, pequeñas, enfermas, mezquinas en la apariencia.

Vuestra obra, mis queridos hermanos, nació modestamente, como sabeis todos; pero conviene recordároslo de cuando en cuando. Dios no quiso que surgiera del corazon de un Pontífice de su Iglesia, ni aún del corazon de un Obispo, ó un párroco, sino que la hizo salir del corazon de algunos fieles, que la comunicaron á otros corazones semejantes á ellos; y así es como entró en el mundo y dió en él las primeras señales de vida. ¿Podía nacer más débil y más mezquina al parecer?

Todas las obras de Dios son en la tierra objeto de contradicciones. Y ¿por qué razon? Porque el hombre abriga siempre cierta

desconfianza respecto de su Criador. Bajo la impresion de este ciego sentimiento, se resiste á los preceptos divinos, y rehusa practicarlos, recibirlos, y aún conocerlos. En este espíritu de loca independencia se ve sostenido por el demonio, *príncipe de este siglo*, como le llama nuestro Salvador; porque habiéndose apoderado del hombre para separarle de Dios inmediatamente despues de su creacion, se esfuerza para conservar su aciaga conquista, con la cruel esperanza de hacerle participar de su perdurable suplicio. Hé aquí, porque las operaciones divinas son en la tierra objeto de ataques y de contradicciones, desde el momento en que se presentan, y miéntras que duran.

La obra de las Conferencias de S. Vicente de Paul ha recibido y debía recibir este glorioso bautismo, que atestigua su procedencia de Dios: el infierno no podía dejar de rugir contra ella; por tanto, las contradicciones le han venido de todas partes: en unas ha excitado extrañeza, aquí sospechas, allá censuras; se la ha citado, como á la Iglesia en los primeros siglos, para que diese cuenta hasta de sus intenciones, y mostráse su pureza; se le ha preguntado y repreguntado de donde venia, qué pretendia, qué buscaba, cuál era su objeto, su accion, cuáles eran sus medios; ha tenido que probar perentoriamente que no se entrometia para nada en los intereses políticos de la tierra, ni se ocupaba de nada de lo que promueve por acá abajo la pugna y division entre los hombres; declarando formalmente, que su objeto se reducía á no aceptar, ni reconocer más que el dedicarse al alivio de las miserias humanas. Le ha sido preciso justificarse hasta del cargo de conspiracion; demostrar que sus reuniones nunca se bastardeaban, trocándose en clubs de malos complots. Vuestra obra ha tropezado tambien con algunas contradicciones en su propio seno: muchas veces, por la negligencia de ciertos miembros; otras, por la conducta de algunos que se han separado, y á veces, por falta de dignidad moral en algunos otros.

No es ménos evidente, que posee otro de los caracteres de las obras de Dios, á saber, su dilatacion. Cuando una obra viene de Dios, lleva en sí misma una virtud, una pujanza, una energía para extenderse, que no es posible subyugar: el obstáculo que encuentra solo sirve para darla una fuerza mayor: marcha á pesar de todo, marcha á pesar de los ataques, á pesar de las difamaciones, á pesar de las injurias, á pesar de los despojos, á pesar de los calabozos, del destierro y los suplicios.

Vosotros, mis queridos consocios de S. Vicente de Paul, sois de ayer; y con todo, nadie ignora que estais en todas partes. Vuestra obra, como la verdad de que ha nacido, es en todos tiempos antigua

y nueva; cuenta pocos años de existencia, pero cuenta muchos lugares para su establecimiento. El Norte, el Mediodía, el Oriente y el Occidente la han visto aparecer casi al mismo tiempo; y sus triunfos diarios atestiguan, que tiene que llegar una hora en que hasta las poblaciones más insignificantes que adoran á Cristo, se regocijarán con su llegada, y la acogerán con amor, y la harán reinar en medio de ellos. Pues bien: sin la bendición de Dios, ¿habría progresado con medios tan notables; habría caminado con tanta rapidez y alargado sus pasos á tanta distancia?

Otro de los caracteres divinos que hemos advertido en vuestra obra, es su proporción acomodada á las especiales necesidades del tiempo presente. Sin que se nos moteje de calumniar á nuestra época, bien podemos decir de ella, que vive atribulada por un mal profundo y en extremo peligroso; este mal es el egoísmo; es que nadie piensa sino en sí propio, en su propio interés, y en los medios más expeditos de satisfacerlo. Merced al funesto influjo de deplorables doctrinas y de criminales ejemplos, vemos hoy la envidia, más que otras veces, considerar los bienes de fortuna y las elevadas posiciones sociales como á otras tantas iniquidades que es preciso perseguir, sin que por eso los que las persiguen las codicien ménos. De aquí el origen de esos feroces apetitos, cuyos rugidos amenazadores traen consternados á los hombres prudentes que, con sobrada razón acaso, los tienen por síntomas de una confusión y ruina social, más ó ménos próxima, pero de todos modos inevitable en lo humano. Contra semejante mal, ¿qué remedio buscar apropiado? Ninguno, sino los que dá la religión; ninguno, sino la práctica sincera y constante de las dos virtudes que la religión enseña; es decir, de la *justicia*, que á nadie hace mal, y de la *caridad*, que hace bien á todos; la justicia, que declara inviolable la propiedad del prójimo, y la caridad, que se sacrifica por aliviar su desgracia. Estas virtudes no pueden existir una sin otra, y la sociedad no puede vivir sin ambas juntas; pues sin la justicia, ¿qué sería de los medios de ejercer la caridad? Y sin la caridad, ¿qué llegarían á ser los derechos de la justicia? La miseria abandonada y no socorrida, alimenta en su seno proyectos de venganza; y cuando tiene ya nutrido en él bastante ódio, á la primera ocasión que se le ofrece, revienta como un volcán, asolándolo todo en su curso, y amontonando en su camino calamidades y ruinas.

Pues para conjurar, digo, este porvenir que hoy nos espanta, necesaria es la caridad con sus sacrificios de toda especie: sacrificio de tiempo, de crédito, de influencia, de dinero. ¡Ah! ¡cuán

grande es el poder del sacrificio! El sacrificio solo es capaz de restituir la serenidad á nuestro horizonte, de disipar las nubes sombrías que lo cubren, de apagar ó contener en el seno preñado de la tempestad los rayos, cuya espantosa proximidad nos está anunciada por truenos y relámpagos que apenas cesan un punto. ¿Comprendeis ahora cuál es vuestra misión providencial, cuán grande la importancia de vuestra obra para el reposo de la sociedad? En estos tiempos en que tan ardientemente se codician los bienes materiales, y tan sañudamente son envidiados los ricos, la sociedad, para salvarse, exige nada ménos que la pasión del sacrificio para neutralizar la pasión del egoísmo; exige á todas las almas honradas que piensen muy mucho en el interés ajeno, para neutralizar el deletéreo influjo de los que solo piensan en su propio interés; exige amor verdadero y eficaz á todo infeliz que no alcance á bastarse á sí mismo, con el fin de ahogar en su corazón los malos y terribles pensamientos que la desesperación pudiera suscitar en él; exige la íntima unión de los ricos con los pobres para aliviarlos; de los fuertes con los débiles para alentarlos; de los que de todo abundan para socorrer á los que de todo carecen; exige que, por virtud y gracia de estas santas y saludables combinaciones, en lugar de ser extrañas unas á otras las diferentes clases sociales, en lugar de despreciarse y odiarse mutuamente, se unan y mezclen, sirviendo de vínculo para unas los actos y afectos de caridad, para otras los actos y afectos de gratitud; pues de esta manera se conseguirá que entre todas ellas, y á pesar de la diferencia de sus respectivas condiciones, llegue á haber un solo corazón y un alma sola: *cor unum et anima una*. Es decir, como veis, que la sociedad necesita de vosotros, necesita de lo que pensáis y de lo que haceis: necesita de vuestra obra, de vuestra compasión, de vuestra solicitud; de vuestro celo en buscar al desgraciado, de vuestra fraternal acogida á los que os pidan socorro, de vuestra generosidad inagotable y de vuestros sacrificios continuos; de todas las invenciones divinamente ingeniosas que vuestro amor á los pobres os inspira para aliviar su miseria. En una palabra, la sociedad necesita de la caridad, porque necesita de Jesucristo para ser vivificada; y Jesucristo es la caridad misma.

2. Réstanos deciros, que vuestra obra ha sido aprobada por la suprema autoridad de la Iglesia; y en el mero hecho de estarlo, ha sido oficialmente reconocida como obra de Dios. Todos vosotros sabéis perfectamente, que la voz del Padre Santo es la voz de N. Señor Jesucristo; y que la Santa Sede romana, en sus enseñanzas, es eco del Verbo Eterno, que por medio de ella perpetúa su misión de paz

y de luz entre los hombres, para preservarlos de las tinieblas del error y de sus funestas consecuencias. Todos sabeis igualmente, la benévola y afectuosa acogida que vuestras Conferencias han merecido á los Sumos Pontífices, desde la primera vez que tuvieron el honor de ponerse á sus plantas; no ménos conocidos os son los elogios y gracias espirituales con que se ha dignado honraros y enriqueceros el Padre comun de los fieles. Algunos de vosotros han sido testigos y partícipes de aquellas muestras cariñosas de bondad, que en varias ocasiones ha prodigado á las Conferencias y á sus representantes nuestro santo y querido Pontífice Pió IX, objeto de la veneracion del mundo entero: lo que acaso saben pocos de entre vosotros, es lo que este gran Papa respondia, á propósito de los temores que acerca del destino de la Francia se le habian confiado en una de estas últimas épocas más señaladas por sus perturbaciones del orden público y por sus peligros espantosos: «Cobrad ánimo, decia Su Santidad: una nacion donde en un cuarto de siglo han nacido obras como las Conferencias de S. Vicente de Paul y de la Propagacion de la Fe, no es seguramente una nacion dejada de la mano de Dios.»

Y en verdad, hermanos míos, que aquella nacion ha atravesado periodos bien calamitosos! ha surcado mares tempestuosísimos en que parecia que á cada instante iba á zozobrar..... Y sin embargo, del mar y de sus tempestades ha salido á salvo. Pero, ¿cómo ha sido esto? ¡Ah! pedid la explicacion á la soberana Sabiduría, que poniendo sus divinos oráculos en los labios de su Vicario en la tierra, ve las cosas en su verdad: la fe, la caridad, son las que la han salvado. La fe, por medio de la obra que lleva su nombre, y que la va propagando por el mundo; la caridad, por medio de esta otra obra conocida con el nombre de un Santo, que fué en la tierra tan singular amigo de los pobres, y que no vivió sino por ellos y para ellos. Sí: estas dos obras, nacidas casi á un mismo tiempo del corazon de N. S. Jesucristo para consuelo y salvacion de la sociedad cristiana, son como dos ángeles que la han guardado, y que, cubriéndola con sus alas, han conjurado las tempestades amontonadas sobre ella, cuyo peso sentia ya oprimirla, y que parecian prontas á sepultarla en abismos de inmensurables males y dolores. Ved, pues, si vuestra obra es bella, si es preciosa, si es necesaria. ¡Oh! sobrada razon teneis para regocijaros de haber sido llamados por Dios á este apostolado de la caridad! Pero no menor la teneis para juzgaros empeñados en no faltar á los sagrados deberes que esa mision os impone, como quiera que seria una tremenda responsabilidad para vosotros, si por

culpa vuestra dejára de producir ó produjéramos imperfectamente los frutos que le están prometidos.

Considerad, medita más y más cada dia vuestra vocacion: *videte vocationem vestram*. ¡Ah! si los pensamientos, que juntos acabamos aquí de meditar, han penetrado vuestras almas, antes de dejar este lugar os prosternareis humildemente y direis á N. S. Jesucristo: ¡Oh mi adorable Señor y Maestro! gracias te doy por haberte dignado contarme entre los que han realizado uno de los particulares designios que tu amor ha formado para la salvacion del mundo. Conozco, Señor, conozco toda mi indignidad para semejante vocacion; pero tu gracia divina, que humildemente te pido para mí y para mis hermanos, espero que ha de serme suficiente luz para mostrarme, mejor aún que hasta aquí lo he visto, el bien que me resta por hacer, y me dará auxilio eficaz para cumplir con mayor fidelidad y celo mis sagradas obligaciones, y de este modo alcanzar la felicidad eterna, que os deseo.

CONFESION.

(INSTITUCION DIVINA DE LA)

I.

Adeamus cum fiducia ad thronum Dei, ut misericordiam consequamur.

Lleguémonos con fiadamente al trono de la gracia, á fin de alcanzar misericordia.

(Hebr. iv, 16.)

Hermanos míos: hay épocas en que el idioma religioso, tan magnífico, tan persuasivo, tan enérgico, parece que se ha convertido de pronto en impotente y estéril; tales son los tiempos de indiferencia.